

Presentación del
Diccionario del estudiante

Elena Zamora

Instituto de lexicografía de la Real Academia Española

EL DICCIONARIO DEL ESTUDIANTE

La primera vez que el Director de la Academia, don Víctor García de la Concha, se dirigió a mí para encargarme la elaboración de este diccionario, me dijo: «Quiero que la Academia cuente con el mejor diccionario de este tipo que exista en español». No era tarea fácil, aun habida cuenta de que la lexicografía española no contaba todavía con un diccionario de calidad destinado a estudiantes de España e Hispanoamérica, con edades comprendidas entre 12 y 18 años, que pudiera servir como modelo. Sí existían en otros idiomas, como el inglés o el francés, pero el español tiene características propias que hacen que los diccionarios extranjeros no valgan como referencia por sí solos.

Tras una etapa de documentación, quedó constituido el equipo de redacción. Un pequeño grupo seleccionado de personas, todas ellas con alguna formación lexicográfica, no necesariamente práctica, sería el encargado de llevar adelante la tarea de la elaboración de un diccionario de nueva planta partiendo casi de cero. Este equipo se ha mantenido básicamente a lo largo de estos años, lo que a la larga se ha revelado de gran importancia, pues hubiera sido muy difícil incorporar nuevos redactores cuando la tarea estaba avanzada y porque un equipo demasiado grande hubiera dado lugar a un control menor del método.

En aquella época, salvo el mandato de nuestro Director, pocas eran las cosas que teníamos claras. Sin embargo, algo hemos aprendido en estos años y es que, a pesar de nuestros primeros pasos balbuceantes, creemos que es así como se hace un Diccionario. De nada vale llegar con ideas preconcebidas y un montón de normas para «calzar» en las voces estudiadas. Las palabras se rebelan y reclaman su propio tratamiento. Hay que domesticarlas sometiéndolas a método, pero sin traicionar lo que son, sin torturarlas para que se ajusten al corsé de una solución que nos ha servido para otra palabra en apariencia semejante.

Nuestra primera misión fue seleccionar el conjunto de voces que integrarían el repertorio objeto de estudio. Al ser un diccionario académico, entendimos que el punto

de partida tenía que ser el conjunto de voces y acepciones que figuran en el Diccionario de la Academia, el *DRAE*. El objetivo era escoger, de entre ellas, las que debe conocer en su trabajo un estudiante de secundaria y bachillerato. Con un programa elaborado al efecto, estudiamos una por una todas las voces incluidas en el *DRAE* contrastando su uso con los datos obtenidos a partir de los textos que integran el gran Banco de datos léxicos de la Academia. Asimismo, cotejamos los diccionarios de orientación escolar existentes y los grandes diccionarios del español. Paralelamente, estudiamos las programaciones didácticas oficiales de todas las asignaturas que se cursan en los niveles medios de enseñanza, y consultamos de manera sistemática un banco de datos léxicos, creado por la Academia para la elaboración de este Diccionario, e integrado por libros de texto de todas las materias. Como resultado de este trabajo, entresacamos las más de 40 000 voces y locuciones que, con pocos cambios, habrían de formar el repertorio objeto de nuestro estudio.

En enero de 2000 estaba lista ya la selección y quedaba lo más complicado: la redacción. Casi por la misma época, tuvimos una excelente noticia. Al equipo se incorporaba, en calidad de asesor, don Manuel Seco. Desde el principio y a lo largo de todo el proyecto, mantuvimos reuniones de hasta tres veces por semana, cuando menos dos, en que de manera generosa, fue aportando su trabajo y su tiempo hasta mucho más allá de lo esperable en un simple asesor. Con su respaldo, acometimos con entusiasmo la labor de redacción. Cuanta duda se nos planteaba, cuanta dificultad salía a nuestro paso, nos la resolvía con sencillez, sabiduría y el máximo respeto hacia nuestro trabajo. Poco a poco, y como consecuencia de su apoyo, el proyecto fue tomando alas, de modo que nos hicimos más ambiciosos y decidimos incorporar a los artículos información que apenas aparece en diccionarios de este corte, o se trata sin rigor científico.

Pero en esta pequeña historia de un diccionario, nos habíamos quedado en enero de 2000 y por aquel entonces había que empezar a probar el método del que apenas teníamos los bastidores. Decidimos ensayar con un área acotada, que nos permitiera desarrollar el sistema de redacción, y elegimos el campo de animales y plantas, por considerar que podía contener rasgos generales que sirvieran de pauta para el tratamiento del resto de las voces del diccionario.

En marzo de 2000 ya estábamos listos; había que empezar por algún lado. Se trataba de dosificar las fuerzas, y la letra A empezaba ni más ni menos que por la preposición *a*, un miura de cuidado; además por esa letra es por la que suelen empezar los lexicógrafos a redactar los diccionarios, por lo que encierra más vacilaciones que

otras. También es considerablemente grande y, cuando hay tanto por hacer, la sensación de haber terminado una letra sirve de empujón psicológico para afrontar la siguiente. La B también se nos antojaba enorme, la C supone aproximadamente un 15% del vocabulario total del español, en la D están las palabras que comienzan con el prefijo *des-* y parece más lógico redactar antes las voces de las que derivan, la E está cuajada de verbos, bestias negras de cualquier redactor por experimentado que sea... Y así sucesivamente, hasta que nos topamos con la N, en apariencia más inofensiva. Por ahí decidimos empezar, pero poniéndonos como condición seguir a partir de ella el orden alfabético tradicional, sin más concesiones.

De manera simultánea a las tareas de redacción, fuimos elaborando diversos documentos metodológicos, al cuidado de una redactora principal, que recogían nuestra experiencia a lo largo de estos años, y en los que íbamos anotando cuidadosamente las pautas generales en cuanto a la disposición formal y estructuración de los artículos, y los criterios y pautas gramaticales básicas. También fijamos modelos de definición según las categorías de las palabras (sustantivos, adjetivos, locuciones...) y según los ámbitos a que pertenecen (geografía, fauna, flora, literatura, química...). El tratamiento de los verbos, los artículos más delicados en un Diccionario de calidad junto con las palabras gramaticales (preposiciones, conjunciones...), quedó asimismo anotado en documentos propios de los que era responsable otra redactora destacada. El léxico americano y los sinónimos y afines también merecieron estudio aparte, quedando constancia de todo ello en multitud de documentos que dan cuenta de los criterios fijados. A lo largo de estos años, nuestro «recetario de cocina» o «guía interna de redactores» fue creciendo al mismo ritmo y casi con parecido volumen que el propio Diccionario en sí, para desesperación de los redactores que se incorporaban a lo largo del proyecto, quienes tenían que asimilar sus contenidos.

Un capítulo especial fue el dedicado al léxico americano. Por sus características propias, decidimos afrontar el reto de su tratamiento a mitad del proyecto, cuando el método estaba asentado. La selección del vocabulario americano se hizo de manera rigurosa, atendiendo ante todo a criterios de actualidad y de uso contrastado en más de un país hispanohablante. Todos los americanismos fueron además sometidos a las Academias americanas para su estudio, de modo que quedara garantizado el resultado final.

La revisión de todos los artículos elaborados en primera redacción fue la tarea que nos absorbió los últimos años. Mientras algunos miembros del equipo seguían

trabajando la parte aún no redactada, otros se ocupaban de asegurar la calidad final de los artículos en su redacción definitiva.

La elaboración de diccionarios exige mover una maquinaria pesada y en apariencia lenta. Solo los que los hacemos sabemos el esfuerzo y la dedicación que exigen de nosotros. Como en cualquier período de la vida de las personas, también se suceden los contratiempos. A veces parecía que la fatalidad se cebaba con nosotros. Quisiera recordar al respecto que, en estos seis años desde que quedó formado el equipo, hemos sufrido fallecimientos de parientes muy cercanos, enfermedades de consideración de algunos de los integrantes del proyecto o de sus familiares próximos, intervenciones quirúrgicas... Sin embargo, también hemos tenido alegrías, como los dos hijos y las dos bodas de miembros del equipo. Este Diccionario es para nosotros, por tanto, también el recuerdo de un tramo de nuestras vidas.

Quiero dar las gracias especialmente a nuestro Director, don Víctor García de la Concha, por haber confiado en nosotros y haber comprendido la necesidad de darnos más tiempo cuando estábamos apremiados por los plazos (espero que este Diccionario esté a la altura de la labor que nos encomendó); a don Manuel Seco, a quien le expreso de todo corazón mi máxima gratitud y admiración; a doña Montserrat Sendagorta, Gerente de la Academia, quien veló a lo largo de estos años por el éxito de esta obra; a doña Olimpia Andrés, que se incorporó a mitad del proyecto, y que colaboró con desprendimiento y suma eficacia en todas sus tareas, sobre todo las más complicadas. Y a todo el equipo de este Diccionario y al resto de los colaboradores, cuyo empeño por sacar adelante esta obra merece mi entero reconocimiento y gratitud. Ojalá las páginas de este Diccionario sepan reflejar el esfuerzo realizado.